

Las Torres Gemelas: Razones de un shock

Jesús González Requena. Texto publicado en ABC Cultural, 8/12/2001

Las Torres Gemelas eran una de las imágenes emblemáticas del ensimismamiento fascinado en el que Occidente se hallaba instalado antes del 11 de septiembre. Así lo acusaba el cine de final de siglo: esos grandes rascacielos, en la metrópoli de la Modernidad, desafiaban, en su erección soberana, la ley de la gravedad hasta alcanzar el mismo cielo (foto 1).



1 *Godzilla*, de Roland Emmerich

Mostrándose, incluso, capaces de vencer al rayo: de absorberlo y neutralizarlo (foto 2).



2 *Godzilla*, de Roland Emmerich.

Pero ese ensimismamiento ha terminado: las torres han ardido, estallado, ya no están (fotos 3, 4 y 5).



3 Imágenes TV



4 *Armagedon*, Michael Bay



5 Documental TV

Sólo queda, en su lugar, un inmenso agujero. Y nosotros, espectadores, hemos presenciado el acontecimiento en directo, desde nuestros televisores. Sus huellas han golpeado nuestra percepción con la violencia y la imprevisibilidad del shock traumático.

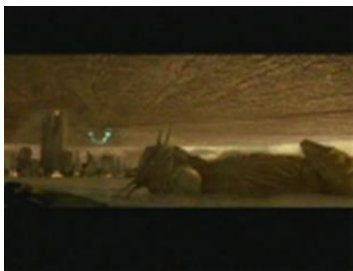
Afirmaba Freud que, si algo, en la vida de un adulto, puede actuar como trauma es porque hace resonar un suceso más antiguo, ya inconsciente, que quedó cargado de una fuerte intensidad emocional. Lo que podríamos traducir así: que para que algo sea vivido como un acontecimiento traumático debe cobrar la forma, para el sujeto, de la realización en lo real de cierto deseo inconsciente.

Pero, ¿Quién habría deseado el derrumbe de las Torres Gemelas? Y, sin embargo... ¿Acaso no sentimos, cuando contemplábamos esas imágenes en directo, la inquietante sensación de que eso lo habíamos vivido ya? Pues bien, realmente así había sido. La prueba de ello se encuentra en la imagen 4. Pues pertenece a un film de ficción: *Armagedon*, de Michael Bay.

Y junto a *Armagedon* *Independence day*, *Deep Impact*, *Godzilla*... films que nos ofrecen la reiterada destrucción, con sólo leves variantes, de Nueva York y Washington, de sus monumentos y sus símbolos (fotos 6 y 7).



6 *Independence Day*, de Roland Emmerich



7 *Independence Day*, de Roland Emmerich

Difícilmente recordamos a sus protagonistas: su atractivo reside en sus grandes escenografías. Y por cierto que, a diferencia de lo que antaño sucediera en los films del género, en estos se renuncia al motivo de las catástrofes históricas, para imaginar, y realizar en el campo de la representación, catástrofes nuevas, cada vez más devastadoras, que tienen lugar en el presente inmediato. Y que ofrecen, por eso mismo, la expresión de una angustia propiamente civilizatoria, pues en ellas se vislumbra el horizonte de la destrucción total. El fin –pero esta vez siniestro– de la Historia. Son, por eso, las escenografías apocalípticas de la Posmodernidad: en ellas la fragilidad del mundo de la Modernidad alcanza su apoteosis.

Millones de espectadores hemos acudido decididos a las salas cinematográficas donde ese espectáculo se repetía una y otra vez. Sabíamos la pesadilla que allí nos aguardaba, y la deseábamos –si no, no hubiéramos ido–: deseábamos el goce que allí nos convocaba. Y si eran múltiples las encarnaciones de esa violencia aniquiladora –alienígenas, meteoritos, dinosaurios...–, mientras el espectáculo duraba, y aunque lo olvidáramos más tarde, la saboreamos como propia: lo que nos retenía en nuestras butacas procedía de nuestro mismo interior.

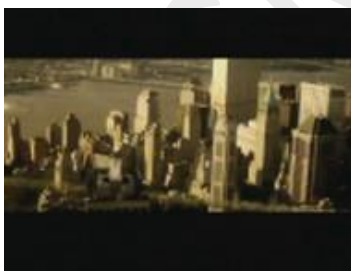
Sabíamos, desde luego, que eso no era real, sino tan sólo una simulación. Pero, a la vez, exigíamos de ella el máximo realismo: queríamos que la representación se borrara hasta confundirse con la presentación misma del horror. Y es que, es hora de señalarlo, existe una relación intrínseca, necesaria, entre el incremento del realismo y el de la violencia en los textos del Occidente contemporáneo. Si nos resulta invisible es sólo porque nos hemos acostumbrado a hacer del realismo un presupuesto indiscutible de toda representación. Sin embargo, casi nunca ha sido así en la historia: durante siglos, a las representaciones no se les demandaba realismo, sino plenitud simbólica: la representación lo era no de lo real, sino de un orden simbólico destinado a configurarlo y a darle sentido.

Pero, en un momento dado, eso hubo de desaparecer y, en su lugar, estalló esa demanda de realismo que habría de proseguirse en su exacerbación naturalista. Y que se prolongó en el proyecto de las vanguardias: acabar con los símbolos, asomarse a lo real. Desde entonces, cada vez con más intensidad, las representaciones de Occidente se ha ido convirtiendo en un espectáculo de lo real que, en el campo de la representación, pasaba necesariamente por la destrucción de nuestros símbolos fundadores. Lo que, en el ámbito del pensamiento, habría de encarnarse en las filosofías de la deconstrucción, decididas a denunciar esos símbolos como quimeras –fue el Marqués de Sade quien los bautizó así.

Los terroristas se han convertido en nuestra pesadilla – en la pesadilla de Occidente. Y no, por cierto, en sentido metafórico: no es que sean, para nosotros, como una pesadilla. El que las imágenes del 11de septiembre hubieran sido prefiguradas por el cine lo demuestra (fotos 8 y 9):



8 *Armagedon*, Michael Bay



9 *Armagedon*, Michael Bay

los terroristas encarnan y realizan nuestra pesadilla en lo real. ¿No deberíamos deducir de ello que el proyecto de la deconstrucción está agotado, que ha llegado el momento de apostar por la reconstrucción de nuestro universo simbólico?